

PRÓLOGO

El dinero ha tenido siempre algo de inquietante y de mágico. Inquietante porque, para la mayor parte de nosotros, aparenta estar sacudido por fuerzas telúricas, por poderosos intereses que nos desbordan, por ignotas influencias que nos consideramos incapaces de controlar. Y mágico porque, al parecer, tras su aspecto menudo y desgastado se abre la puerta de una felicidad nunca lograda cuyo anhelo, en ocasiones, desemboca en obsesión, en locura, en delito. Groucho Marx lo señaló con una de esas expresiones afortunadas que hicieron de él una fuente de autoridad en cuanto a la observación de la sociedad: «Hay tantas cosas en la vida más importantes que el dinero... pero ¡cuestan tanto!». Y con más envidia, mucho tiempo antes, su homónimo Karl Marx desarrolló toda una teoría del fetichismo del dinero basada en la observación de que este «es como el carnicero de todas las cosas, como Moloch al cual todo es sacrificado (...) que se vuelve de improviso en soberano y dios del mundo de las mercancías y representa su existencia celestial».

Y, sin embargo, el dinero ni es mágico ni debe ser motivo de inquietud personal, tal como el lector podrá apreciar

tras la lectura de este libro de Manuel Sarachaga en el que, de un modo sencillo y a la vez riguroso, se nos desvelan las claves para entender su naturaleza económica, su origen histórico y su incardinación en el negocio bancario. El dinero aparece aquí despojado de cualquier hábito sobrenatural y expresado en su esencia conceptual, de manera que el lector se adentra en su comprensión acompañado por el autor del mismo modo que el maestro conduce al neófito para transmitirle su conocimiento. En pocas ocasiones me he encontrado con una obra de divulgación de las ideas económicas tan bien acabada como esta: Sarachaga escribe con un estilo directo, poco dado a la divagación retórica, con una gran precisión conceptual y con el afán didáctico de quien se esfuerza por hacerse comprender. Al leer su trabajo no he podido abstraerme de la evocación de Manuel de Torres, profesor de varias generaciones de economistas españoles en la vieja Facultad de la Universidad Complutense –en la que ejerzo mi cátedra– donde impartió sus clases desde 1944 hasta su prematura muerte en 1960.

Torres, además de múltiples trabajos académicos imprescindibles para la comprensión de los problemas la economía española entre los años treinta y cincuenta del siglo pasado, dejó escrita una profunda reflexión acerca de la misión intelectual de los economistas que el también admirado maestro Juan Velarde consideró como su testamento intelectual. En 1956 –año, no lo olvidemos, de extraordinaria agitación en las universidades españolas– Torres fue invitado por José Antonio Maravall para pronunciar una conferencia en los cursos de verano de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, y le rogó que tratara una cuestión de carácter más bien general y no un tema específico de su especialidad. Y el profesor Torres así lo hizo, dando una auténtica lección de compromiso y de honestidad intelectual, al desgranar

sus reflexiones acerca del que, en su opinión, debería ser el papel de los economistas –fundamentalmente los académicos– en la sociedad y en la política.

No voy ahora a reflejar todo el razonamiento de Manuel de Torres (pues el lector interesado podrá encontrarlo en uno de los números de *Anales de Economía* publicados en 1956 o en la excelente recopilación de textos preparada en 1990 por Manuel Jesús González para la edición de la *Obra escogida* que publicó FUNCAS) aunque sí me referiré a su principal conclusión: «La misión intelectual del economista, como la de cualquier científico, es evidente y lógica y no puede consistir sino en estudiar, investigar y enseñar. Pero aparte de la profesada en las aulas, existe otra enseñanza trascendente: la de adoctrinar a la sociedad, la de mejorarla haciéndola más justa y más estable, más progresiva y equilibrada a la vez». Torres añadió al finalizar su conferencia que «aunque incompletamente creo que he cumplido mi misión», apostillando que ese era el cometido al que estaba «obligado por patriotismo y llamado por profesión».

Decía antes que, al adentrarme en las páginas que ha escrito Manuel Sarachaga, no me había podido sustraer al recuerdo del consejo del maestro Torres; un consejo que conocí gracias a Juan Velarde y que, por mi parte, he tratado de transmitir a todos mis estudiantes de doctorado. Esa evocación se ajusta perfectamente a la ocasión, pues, en efecto, este libro reúne todos sus elementos: es, sin duda, producto del estudio reposado y reflexivo, y de la investigación orientada al mejor conocimiento de nuestra economía y de los severos problemas que actualmente, en plena crisis financiera, afronta; es un texto con vocación y estilo pedagógico en el que se destila la extraordinaria capacidad de su autor para enseñar; y también busca adoctrinar a la sociedad, a sus ciudadanos, con la finalidad de encontrar mejo-

res vías para el funcionamiento del sistema financiero, de tal manera que se puedan minimizar los efectos negativos de las crisis cíclicas por las que atraviesa la economía.

A decir verdad, no se podía esperar otra cosa de Manuel Sarachaga. Mi relación con él es reciente, pues ambos hemos coincidido en ese proyecto político de regeneración democrática de la sociedad española que lidera Rosa Díez en Unión, Progreso y Democracia. Hemos trabajado juntos, por tanto, solo un poco más de un año. Y en ese tiempo tan corto he podido apreciar las cualidades que le describen y que hacen de él una persona no solo confiable por sus conocimientos, sino también por su desinteresado afán de verterlos sobre los demás para, a través de la convicción, arbitrar soluciones prácticas a los problemas de la economía española.

El lector podrá juzgar enseguida que en mis palabras no existe ni un ápice de exageración o de benevolencia interesada. Espero que se adentre en las páginas de este libro como en una aventura, con el gozo que proporciona el saber y la satisfacción que deja la tarea cumplida. Heródoto dejó escrito que «la peor de las desdichas humanas es, seguramente, poseer el conocimiento y, sin embargo, carecer de la fuerza necesaria para realizarlo». He aquí que, en este volumen, se sintetiza, en efecto, gran parte de lo que los economistas sabemos acerca del dinero, de su naturaleza y de su utilidad; también del sistema bancario que da lugar a su creación como si saliera de una «chistera mágica» detrás de la que se oculta la inmensa deuda que lo respalda; y, claro está, de las consecuencias que de todo ello se derivan para la economía real en forma de ciclos expansivos que desencajen el ahorro de la inversión y propician las burbujas especulativas que, cuando estallan, dan lugar a depresiones más o menos pronunciadas. Sabemos también de los es-

trechos límites a los que, inevitablemente, están sujetos los ministerios de economía y los bancos centrales para paliar los devastadores efectos que las depresiones tienen sobre los ciudadanos en forma de desempleo, de ruina y de pobreza. Y conocemos, como el autor recuerda en el capítulo que cierra esta obra, que otra regulación del sistema monetario podría dar lugar a menores sobresaltos. ¿Tendremos el ímpetu y la capacidad persuasiva que se requieren para convertir ese conocimiento en las disposiciones prácticas que han de adoptarse de una manera internacionalmente concertada para salir del caos financiero en el que nos encontramos sumidos? El gran historiador de Halicarnaso dijo también que «no es posible evitar lo que los dioses han decretado» y, por ello, tal vez de momento la respuesta a esta pregunta sea prematura. Pero, en todo caso, sí creo que Manuel Sarachaga podrá decir, evocando al maestro Torres, que ha cumplido su misión.

Madrid, 12 de Marzo de 2009

MIKEL BUESA

*Catedrático de la Universidad
Complutense de Madrid*